

SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS

EL LENGUAJE



DE LAS MAREAS

DOS JÓVENES DESAPARECIDAS. UN DEPREDADOR SEXUAL.
UNA INSPECTORA QUE NO RETROCEDE ANTE NADA

La noche del 30 de agosto de 2018, dos chicas de 17 y 18 años, Sandra Peinado y Ana Casaño, desaparecen sin dejar rastro, en Punta del Moral, Ayamonte, junto a la frontera de España con Portugal. Sandra es hija de un personaje de máxima actualidad, implicado en un caso de corrupción política. Y Ana es una joven de fuerte temperamento, que mantiene una relación muy complicada con sus padres. Tanto Sandra como Ana son adoptadas, pasaron sus primeros meses de vida en orfanatos de su Rusia natal. Carmen Puerto, inspectora apartada del Cuerpo Nacional de Policía durante los últimos meses, desde su aislamiento de oscuridad, capuchinos, tabaco y poemas de Dylan Thomas, recibe la llamada de sus compañeros Jaime Cuesta y Julia Núñez, que una vez más vuelven a convertirse en sus manos y ojos en el exterior, para enfrentarse a su caso más complicado. Así comienza este trepidante *thriller* en el que sucesos reales que han contado con una gran repercusión mediática se transforman en elementos de ficción al servicio de una historia de ritmo implacable, en un escenario tan bello como turbador. En *El lenguaje de las mareas* se abordan el poder de los medios de comunicación, la descontrolada utilización de las redes sociales, la corrupción política, el narcotráfico o la desigualdad que sufren las mujeres, también cuando protagonizan los más trágicos acontecimientos. El regreso a la novela de Salvador Gutiérrez Solís, de la mano de Carmen Puerto, la inspectora de policía más singular y brillante que ha ofrecido la novela negra española en los últimos años.

Índice de contenido

Cubierta

El lenguaje de las mareas

30 de agosto de 2018

Viernes, 31 de agosto, 9:30 h

Los buscadores de sardinas

Viernes, 31 de agosto, 18:52 h

El confidente (17/07/18)

Sevilla, 31 de agosto

Viernes, 31 de agosto. 18:57 h

Miguel Castro Arroyo

Sábado, 1 de septiembre, 8 h

Sábado, 1 de septiembre, 10:45 h

El secreto del laberinto

Sábado, 1 de septiembre, 11.55 h

Titulares

Sábado, 1 de septiembre, 17:22 h

El Puente Internacional

Sábado, 1 de septiembre, 20:08 h

Torre Canela, domingo, 2 de septiembre, 1:06 h

El confidente (17/07/18)

Domingo, 2 de septiembre, 8:25 h

Búho rojo

Domingo, 2 de septiembre, 10:25 h

Tendencias

Domingo, 2 de septiembre, 12:17 h

Nodigassuerte

Domingo, 2 de septiembre, 14 h

Pedro Ginés

Domingo, 2 de septiembre, 15.45 h

Gustavo Porta, el Chanclitas

Domingo, 2 de septiembre, 18 h

Mi nombre es Yakov

Domingo, 2 de septiembre, 20:54 h

Miguel Castro Arroyo (II)

Lunes, 3 de septiembre, 8:30 h

El Puente Internacional (II)

Lunes, 3 de septiembre, 12 h

Sábado, domingo

Lunes, 3 de septiembre, 19:24 h

La pareja que nunca regresó

Lunes, 3 de septiembre, 20:37 h

Martes, 4 de septiembre, 2:08 h

Gustavo Porta, el Chanclitas

Martes, 4 de septiembre, 3:39 h

La macabra lógica de la desigualdad

Martes, 4 de septiembre, 11 h

Sevilla: punto de encuentro

Martes, 4 de septiembre, 13:56 h

Playa de los Muertos

Martes, 4 de septiembre, 16:54 h

Cosas que nunca dijo

Martes, 4 de septiembre, 19 h

Preguntas, foros, respuestas

Miércoles, 5 de septiembre, 0:37 h

5 de agosto de 2018

Miércoles, 5 de septiembre. 2:22 h

El confidente (04/09/18)

Miércoles, 5 de septiembre, 4:46 h

26 de agosto de 2018

Miércoles, 5 de septiembre, 8:07 h

Puzle

Miércoles, 5 de septiembre, 10:59 h

30 de agosto de 2018

Miércoles, 5 de septiembre, 15:09 h

Habitación 249

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Nicolás, Cayetana, Sergio, Isaías y Javi.
Hay mucha vida por delante.
A la memoria de Nacho Montoto.

Mi corazón único y noble tiene sus testigos en
todos los países del amor que a tientas
despertarán

Dylan Thomas

30 de agosto de 2018

Los faros del vehículo trazan el camino a seguir.

—Creo que no deberíamos ir —dice Sandra, inquieta, agarrada del brazo de Ana.

—Lo pasaremos bien, ya verás —la tranquiliza, y su sonrisa es una sombra que se pierde en la poderosa luz.

—Quiero volver —insiste Sandra, que intenta impedir el avance de su amiga.

—Ya es tarde.

*Nuestros sueños eunucos, todos sin semillas en
la luz.*

Viernes, 31 de agosto, 9:30 h

El inspector de policía, Jaime Cuesta, con gesto circunspecto, y muy contrariado, abandona el despacho de jefe. Se detiene en la máquina de café que hay al final del pasillo, y escoge uno solo, doble y sin azúcar. Se dirige a la terraza con un cigarrillo en la mano y termina el café mientras fuma. Su mirada se pierde en el laberinto de formas inconcretas que la bruma y los rascacielos —tan cercanos y tan lejanos al mismo tiempo— recrean; producto de los muchos días, de las noches interminables y de las tardes ingobernables de calor. Calor que hoy es especialmente denso y pegajoso en Madrid.

Articula Jaime Cuesta, mentalmente, un discurso convincente, creíble, liberador... De momento, no llamará a Sonia, su esposa. Deja caer la colilla en el vaso de café, y camina hacia el despacho de la subinspectora Julia Núñez. La encuentra leyendo con mucha atención en la pantalla de su ordenador, ajena a los rayos de sol, que fabrican cientos de destellos en su pelo cortísimo y rubio platino.

—Julia, ¿te gustó Ayamonte? —le pregunta nada más entrar.

—Jaime, no me toques los cojones, que estamos a viernes y tengo planes para este fin de semana —se revuelve Julia.

—Pues me da que tienes que cambiarlos.

—Por lo que veo, nos han dado el caso de las dos chicas que han desaparecido —interrumpe a Jaime e impone su voz.

—Eso es, parece ser que no quieren que les pase lo mismo que con lo de la chica gallega —explica Jaime con escaso convencimiento.

—No creo que sea por eso —cuestiona Julia. Finge contrariedad, aunque la realidad es bien distinta.

—La versión oficial es que consideran, y así se lo han explicado al juez, que puede estar relacionado con el caso de los másteres falsos, ya que el padre de una de las chicas, Alfonso Peinado, está supuestamente implicado.

—El de la fundación, el amigo del mexicano de la cara quemada, ¿no?

—Ese mismo.

—¡Vaya sofocón que van a llevarse los *cabezas cuadradas*! Con lo que les gustan estos casos que tienen tanta te-
le y tanto tertuliano... —advierte Julia Núñez, que ha empezado a ordenar su mesa con diligencia.

—Imagino que lo habrán intentando. La realidad es que, si la chica no fuera hija de su padre, lo lógico es que fuera de su competencia —reconoce Jaime.

—Leen mucho a Lorenzo Silva —bromea Julia.

—Eso también —ríen los policías.

La relación con su esposa se encuentra en el peor momento de los numerosos «peores momentos» que han atravesado. Dada la situación, Jaime prefiere no pasar por casa y evitar tener que explicar en persona, frente a frente, que durante varios días, con toda probabilidad, va a estar fuera. Se lo comunica por teléfono.

—Ha surgido así la cosa. Perdemos el tren si me llevo a casa. Me apaño con la bolsa que tengo aquí —se justifica.

—¿Perdemos? Eso significa que te vas otra vez con tu compañera, con la rubia, ¿no? —le pregunta Sonia con desdén.

—Ya sabes que sí —responde mirando de reojo a Julia, a unos metros, enfundada en unos vaqueros muy ajustados y una camiseta roja.

—No os olvidéis de la protección.

—¿Protección?

—Para el sol, no seas tan mal pensado.

—No me voy de vacaciones.

—Siempre hay tiempo para todo, sueles decir, ¿no? —le reprocha Sonia. Toma asiento en un sofá frente a la televisión, en el salón, y enciende un cigarrillo.

—No creo que nos quede ni un minuto.

—Adiós, Jaime —se despide sin esperar respuesta.

Inútilmente, trata de intervenir. Por un segundo, Jaime piensa en llamarla, pero por experiencia sabe que no responderá durante algún tiempo. Nervioso y en cierto modo angustiado, se asoma a la terraza y comienza a fumar de nuevo en completo silencio, con la vista perdida en ese horizonte de rascacielos envueltos en bruma.

Julia Núñez, en tanto, recopila y ordena toda la información de la que disponen sobre la desaparición de Ana Casañó y Sandra Peinado. La imprime en papel, hace una copia en un *pen drive* y la descarga en su iPad. Solicita, igualmente, todas las actuaciones llevadas a cabo hasta el momento en el caso de los másteres falsos, en el que está implicado Alfonso Peinado, a pesar de que Julia está convencida de que se tratan de casos que no tienen conexión alguna y que solo es una dramática coincidencia.

Desde que le ha comunicado que les asignan el caso, una duda se expande en el interior de Julia. De camino a la estación de Atocha, ya no soporta por más tiempo convivir con la incógnita y opta por preguntárselo directamente a Jaime.

—¿Está la *pirada* en esto?

—De momento, solo nosotros. Carmen sigue sin estar operativa —responde Jaime, sin apartar la vista de su ventanilla. Molesto, en cierto modo, por la pregunta y el tono empleado.

—Está con lo suyo —ironiza Julia y Jaime no responde.

Durante el trayecto en AVE hasta Sevilla, Jaime y Julia examinan y analizan con detalle todas las declaraciones y

controles efectuados hasta el momento. La primera impresión no es especialmente positiva; no encuentran ninguna prueba o móvil que les ayude a construir un relato, una hipótesis o un camino a seguir. Es como si se hubieran evaporado las dos chicas después de abandonar el chiringuito *La Hamaca*, en la playa de Las Haraganas en Punta del Moral, poco antes de las dos de la madrugada del 30 de agosto. Tampoco la actividad de los teléfonos móviles de Ana Casaño y Sandra Peinado les aporta una pista que puedan considerar como trascendental: según el geolocalizador apenas se movieron unos metros hasta las siete de la mañana, cuando el teléfono de Ana dejó de tener actividad. La señal del teléfono de Sandra se pierde a las cuatro y veintuno de la madrugada y, hasta ese momento, siempre estuvo junto al de Ana.

—¿Has visto el Instagram de Ana? —pregunta Julia, con la aplicación abierta en su iPad.

—¿Por? —se incorpora Jaime, y dirige la mirada hacia la *tablet* de Julia.

—¿Tú has visto algunas fotografías? No te pierdas esta —y Julia despliega en la pantalla una fotografía en la que aparece Ana Casaño con un diminuto bikini con los colores de la bandera de los Estados Unidos, mientras representa unos cuernos con su mano derecha, delante de su entrepierna.

—*Tremending Topic*.

—No sé, a lo mejor son cosas mías, pero es como si estuviera retando a alguien, ¿sabes lo que quiero decir? —trata de explicar Julia.

—Con su madre no se lleva precisamente bien, o eso cuentan. Aunque me da la impresión de que es la típica chica que no se lleva bien con ningún adulto, tiene pinta de ser una jovencita muy rebelde —intuye Jaime.

—Tiene escrito algún tuit en ese sentido, ahora te lo busco —añade Julia.

—Puede tratarse de un berrinche, de chiquilladas, ¿no?
—le resta importancia Jaime.

—También me llama mucho la atención esta fotografía, mira —le muestra Julia una imagen en la que aparece un primer plano del rostro de Ana Casaño y, tras ella, el pecho desnudo de un hombre aparentemente joven—. ¿Has visto la estrella de mar o lo que sea que le cuelga al tipo? ¿Quién coño será? Es muy reciente la fotografía, del 5 de agosto.

—Tendremos que averiguarlo.

—Al principio creí que era este tipo —y Julia le enseña, a su compañero, otra fotografía en la que aparece Ana Casaño, en la playa, junto a un chico de unos 25 años, muy guapo, bien formado, musculoso y tatuado en el brazo derecho— pero luego me di cuenta de que no es suyo el pecho de la otra foto. Mira lo que escribe debajo: «Sí, puedo» —lee la policía.

—¿«Sí, puedo» qué, qué?

—En estas fotografías hay mucha más información de la que nosotros imaginamos, y no solo por lo que muestran, sino también por todo lo que dicen desde un punto de vista de ubicación, horarios, etc. —En cierto modo, Julia Núñez trata de representar el papel de la gran ausente: Carmen Puerto.

—Lo que es evidente es que, cada una a su manera, las dos chicas son guapísimas —reconoce Jaime.

—Guapísimas. Ana sí parece más rusa, lo que entendemos como una rusa, y Sandra es más diferente, tan morena, se da un aire con esa actriz, ¡ay, cómo se llama!, que ha hecho tantas películas, joder... —A Julia le cuesta recordar.

—¿Tenemos controlados los móviles de los padres? ¿Tenemos controlado dónde estuvieron? —pregunta Jaime.

—Coño, te pareces a tu amiga —le reprocha Julia.

—¿Cómo es el juez que nos ha tocado?

—Espera, que lo tengo por aquí. Un tal Antonio Tirado, tiene toda la pinta de que esto le viene muy grande —rece-

la Julia.

—¿Nos ha autorizado ya a comprobar las cámaras?

—Sí, sí, estamos en ello. Pero olvídate de cámaras que nos ayuden en algo. En esa zona, entre Ayamonte y Punta del Moral, apenas hay —advierte.

—¿No hay cámaras en la urbanización? Eso no me lo creo. Hoy en día, hasta el garaje más cutre tiene media docena de cámaras.

—Comprobaremos lo de la urbanización.

El trayecto desde Sevilla a Ayamonte permanece intacto en la memoria de Julia y Jaime. Recuerdan un día similar en cuanto a luz y temperatura —a pesar de tratarse de meses diferentes— tres años atrás. Otra vez un automóvil incautado al narcotráfico esperándolos a la salida de la estación de Santa Justa, en Sevilla. Otra vez un policía de la comisaría de Huelva como conductor. David, en esta ocasión. Un hombre extremadamente silencioso, de ojos diminutos, y pelo rubio encrespado. Aunque no lo comentan, tanto Jaime como Julia, reproducen interiormente en sus cabezas algunas escenas del caso conocido como el *Amante ácido*, y cuya resolución se produjo también, en cierto modo, en la costa de Huelva, en Ayamonte.

—Desde luego, es mucha casualidad que estemos otra vez aquí —al fin comenta Jaime cuando el vehículo en el que viajan, un Peugeot 5008 de color blanco, toma la desviación en la autovía.

—Ya te digo —responde Julia.

Dejan atrás el Parador Nacional, en la parte más alta de la localidad, y les es imposible no recordar la fuerte discusión que mantuvieron, años atrás, en el momento de mayor tensión que les deparó el caso del *Amante ácido*.

Jaime y Julia frente a un Guadiana intuido y devorado por un sol en huida, al atardecer, en el mirador del Parador de Ayamonte, tras una larga espera se enzarzaron en la discusión más cruenta que han mantenido en todos los años que llevan trabajando juntos. Una vez más, Carmen Puerto